

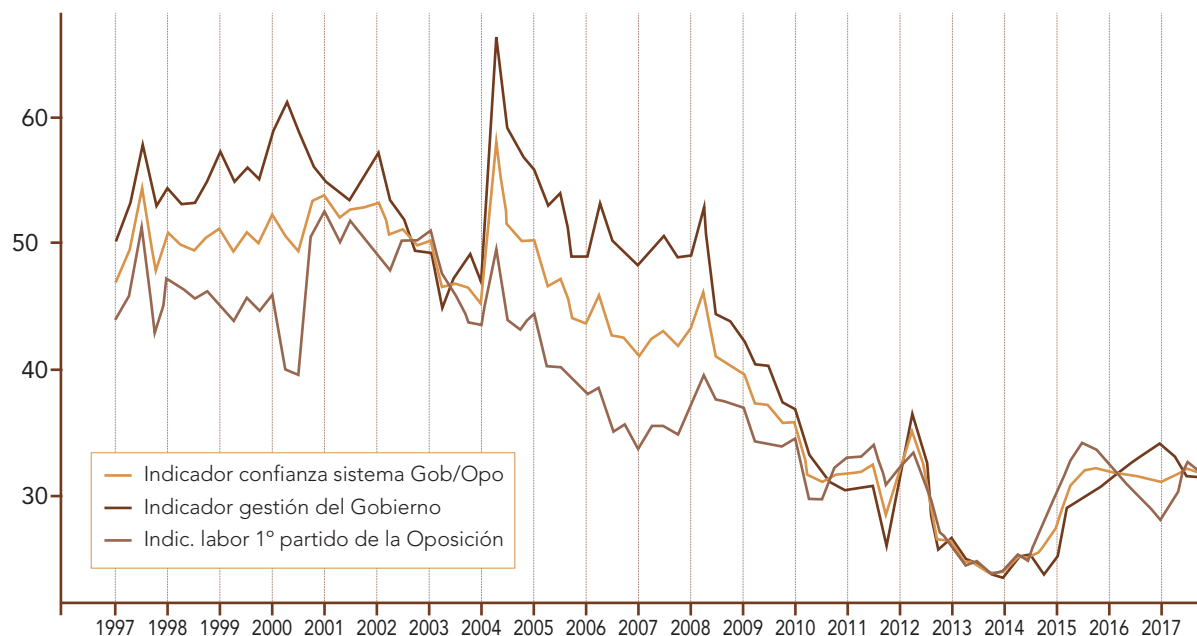
Nota **editorial**

Los profundos cambios que se han producido en el escenario político español en los últimos años tienen causas de largo plazo que han sido estudiadas reiteradamente en estos *Cuadernos* desde hace muchos años. El declive del bipartidismo español –que no es el único– se inició electoralmente en 2011, pero sociológicamente se había iniciado años antes. Hemos aludido en varias ocasiones a este gráfico del CIS, que hoy parece más relevante que nunca.

Hace mucho tiempo que los españoles vienen advirtiendo de su distanciamiento con los partidos a los que han prestado su confianza durante años, pero, sorprendentemente, no ha habido una reacción adecuada. Esos avisos no estaban solo en las encuestas o en los medios, sino que se confirmaron en las urnas elección tras elección. El final del bipartidismo ha adoptado forma de autodestrucción: PP y PSOE se han despeñado juntos, abrazados el uno al otro en una larga caída iniciada apenas unos meses

GRÁFICO 1.

Indicadores del sistema Gobierno/Oposición. Series originales



después de la elección de José Luis Rodríguez Zapatero y continuada después. No es fácil comprender la contumacia con la que han perseverado en su camino descendente, incluso la displicencia con la que lo han hecho. No se comprende tampoco qué tipo de relación duradera y constructiva han pretendido establecer con sus votantes.

España no vive, pues, las consecuencias de una reacción electoral espasmódica derivada de la novedad de las redes sociales, o de una moda pasajera asociada a la irrupción de caras nuevas y jóvenes. Todo eso ha sido simplemente la consecuencia, el medio y la oportunidad para que se materializara en forma de voto una desconexión que ya se había producido.

Por tanto, el análisis correcto del nuevo momento político español no puede realizarse solo desde la óptica de quienes protagonizan las buenas noticias, desde su “cámara subjetiva”, por interesante que esa perspectiva pueda resultar hoy. Ese análisis nos obliga a adoptar una mirada capaz de abarcar al conjunto del sistema, al conjunto de los territorios y al conjunto de los problemas de fondo que España tiene planteados como inmediatos y capitales.

Y desde esta segunda perspectiva el fenómeno de “los emergentes” se convierte en el fenómeno de la “fractura”; el fenómeno de la nueva política se convierte en el riesgo de “la volatilidad”, del personalismo y de la sentimentalización; el fenómeno de la obsolescencia del bipartidismo se transforma en “el hundimiento de los pilares” que han sostenido el sistema durante cuarenta años, de los canales de participación, del lenguaje político reconocible para la mayoría, de la institucionalidad a la que los propios partidos dan sentido y vitalidad. El nuevo escenario, que es reactivo por demérito de los dos grandes partidos afectados, en este momento, y por algún tiempo, trae para España muchos más desafíos que certezas. Porque solo con los dos grandes no hay sa-

lida para España, pero tampoco la habrá sin ellos, sea cual sea su evolución inmediata.

Por eso, y dada la evidencia de la fractura de los espacios electorales, el momento reclama con urgencia actitudes y propuestas capaces de operar con carácter contracíclico. Alimentar procesos de radicalización, de atomización, de desintermediación, o de sustitución insuficientemente meditada de elementos propios de la cultura política española en los que los electores se reconocen, no parece la mejor agenda para un tiempo de cambio acelerado como el que vivimos.

Y, lo que es más importante, tampoco es a ese tipo de iniciativas a lo que responden los cambios que se han producido. Si contemplamos el colapso del bipartidismo con rigor, veremos fácilmente que lo que se encuentra en su origen no es tanto su incapacidad para adaptarse a los cambios sociales cuanto la ruptura injustificada de los anclajes que le permitían mantener el vínculo con los electores. Es decir, ni el PSOE ni el PP han perdido los votos que han perdido por “ser” el PSOE y el PP, sino, más bien, por dejar de serlo sin dar explicación alguna de ello. Su problema no ha sido no saber adaptarse a los cambios, sino sobrereaccionar ante ellos para adentrarse a marchas forzadas en una senda de supuesta modernidad impostada, ajena por completo a la mayoría social, y dejar a la intemperie a una parte muy significativa de su electorado, por un lado y por otro, especialmente durante la crisis.

De hecho, más allá de las apariencias y de los tópicos, no han sido ni la “juventud”, ni la “frescura”, ni la “novedad”, lo que ha permitido a los partidos emergentes hacerse rápidamente un hueco en los parlamentos, sino más bien la recuperación sin ambages de algunas de las señas de identidad que los dos grandes partidos habían abandonado. Fue un lenguaje “clásico” de izquierda lo que impulsó a Po-

demos frente a la neolengua zapaterista, pero el contagio con el lenguaje nacionalista lo ha hundido en Cataluña; y han sido un lenguaje y una agenda clásicos del centro derecha español lo que ha permitido a Ciudadanos conectar masivamente con un electorado que en absoluto se dio por aludido ante la propuesta de una zigzagueante agenda “chic” que hoy ha pasado a un prudente segundo plano.

Probablemente, la enseñanza más notable de las novedades políticas españolas de los últimos años es que el éxito se obtiene donde siempre se obtenía, y que las cosas, en lo fundamental, no han cambiado tanto.

En una perspectiva comparada, este mismo fenómeno parece estar alimentando los cambios en toda Europa: el problema de la política es haberse dejado arrastrar por una superficialidad que los electores no comparten, probablemente porque los partidos han confundido al elector real con los “colectivos” políticamente activos con los que habitualmente se comunican, que han marcado sus agendas a favor de intereses mucho menos generales de lo que se suponía. Ese desenfoque, que impide producir políticas de alcance general y que conduce a la fractura social, es lo que se debe corregir si se quiere restaurar una gobernanza razonable sobre las cosas esenciales, e ir reconstruyendo mayorías integradoras y consensos regeneradores.

Además de este comentario editorial, los artículos y reseñas de este número 57 de *Cuadernos de Pensamiento Político FAES* muestran reflexiones e ideas en torno a cuestiones de actualidad con el rigor e interés habituales en nuestros colaboradores. En el primero de ellos, “Populismo de izquierda: marxismo camuflado y crisis de la representación”, el profesor Javier Redondo Rodelas, explica cómo el marxismo

se camufló en el populismo e indigenismo latinoamericano y cómo ha aprovechado la crisis de las democracias liberales para preparar de nuevo su asalto al poder. Mientras que en el siguiente, “La ideología de Podemos. Comunismo, pérdida de fe y populismo”, el profesor Ángel Rivero aborda la ideología extrema de la formación populista y el criptoleninismo que subyace en su práctica política.

Por su parte, la escritora Leah Bonnín nos relata en “La política nacionalista en Cataluña hasta el 1-O: lo escrito y lo no escrito” algunos de los aspectos más significativos del proyecto nacionalista llevado a cabo de forma sistemática desde la Transición. Y un cuarto texto, “La exigencia de doble mayoría para un referéndum vinculante”, del catedrático de Derecho Constitucional Enrique Arnaldo Alcubilla, explica cómo un referéndum no sustituye ni es democracia *per se*, y menos sin unos requisitos mínimos.

En “Los atentados del ISIS en Europa”, el experto en terrorismo Alessandro Orsini recorre las diversas tipologías de los atentados terroristas recientes. Mientras que el catedrático de Literatura árabe, Serafín Fanjul, en “Quiénes son los sufíes?” nos ilustra sobre un gran desconocido, el sufismo dentro del islam y sus especiales connotaciones místicas.

En “Alemania tras las elecciones. Viejos retos y nuevas incertidumbres” el profesor Adriaan Ph. V. Kühn aborda la inestabilidad del resultado y las opciones de gobierno de la canciller Merkel. Igor Sosa Mayor, por su parte, en su artículo “El nuevo gobierno austriaco: dimensiones nacionales, dimensiones internacionales”, estudia las negociaciones y consecuencias de la incorporación del partido de ultraderecha FPÖ al ejecutivo austriaco.

Además, Augusto Nava Mora repasa en “López Obrador y los conservadores mexicanos” las perspectivas electorales en las próximas presidenciales de

los principales partidos de México: PRI, PAN-PRD y MORENA. Mientras que el profesor Juan Tovar Ruiz analiza los logros en política exterior de la reciente gira del presidente norteamericano en “La política asiática de Donald Trump: continuidad antes que ruptura”. Por su parte, Roberto Inclán, en “Deporte e identidad socialista en la RDA”, expone cómo los dirigentes de la antigua Alemania oriental pusieron el deporte al servicio del socialismo al buscar identificar éxitos deportivos con una pretendida superioridad ideológica.

El apartado Cuaderno de cultura cuenta esta vez con una doble colaboración. Por un lado, Antonio Oliver compendia el importante ensayo sobre el pensamiento contemporáneo *De Playas y Espectros* de la filósofa Rosa María Rodríguez Magda, mientras que el escritor y ensayista Fernando R. Genovés

aborda en un lúcido texto “Hablar por hablar” la (in)comprensión que hoy producen tópicos y lugares comunes en las sociedades actuales.

El número se cierra con cinco buenas reseñas: *El Parlamento moderno. Importancia, descrédito y cambio* (Ignacio Astarloa Huarte-Mendicoa), por Alfonso Cuenca Miranda; *Personas e ideas* (Enrique Krauze), por Ángel Rivero Rodríguez; *Ser conservador y otros ensayos escépticos* (Michael Oakeshott), por Mario Ramos Vera; *Post Western world: How emerging powers are remaking global order* (Oliver Stuenkel), por Antonio Rubio Plo; *La doctrina en la política exterior de Estados Unidos. De Truman a Trump* (Juan Tovar Ruiz), por Javier Gil Guerrero, y *Armas de seducción masiva. La factoría audiovisual del Estado Islámico* (Javier Lesaca Esquivroz), por Alfredo Crespo Alcázar. ■